

CARTAS AL DIRECTOR

RESPUESTA A GARCIA YEBRA*

La susceptibilidad del Sr. García Yebra a todo lo que no sean voces melifluas con respecto a su edición de la *Metafísica* —de las que nos cita con profusión, en una especie de compensación psíquica— lo ha llevado en su respuesta a mi reseña a atribuir mis críticas no a juicios objetivos y fundados, sino a una actitud malevolente de mi parte, cuya causa no estaría nada clara. De ahí que su respuesta esté plagada de argumentos *ad hominem*, algunos rayanos en la impertinencia, que, sin embargo, como todo el mundo sabe, no son argumentos valederos. Mi respuesta por tanto se limitará a responder aquellos puntos en los que G. Y. intenta refutar mis críticas siguiendo aunque sea aproximativamente las reglas de la discusión; el resto, pues, lo dejo librado al juicio público.

1) Respecto al texto griego: de mis palabras se desprendía con claridad que mi afirmación era limitada; no ponía en duda el hecho, sino su magnitud. En la serie de pruebas de comparación entre los dos textos que hice, salvo alguna diferencia de puntuación, que no puede ser tenida en cuenta como aporte personal —y menos aun de grafía—, no pude comprobar otras. Que G. Y. indique ahora esos pasajes me parece una excelente política: eso debió haber hecho desde el comienzo, evitando así dar lugar a una falsa impresión.

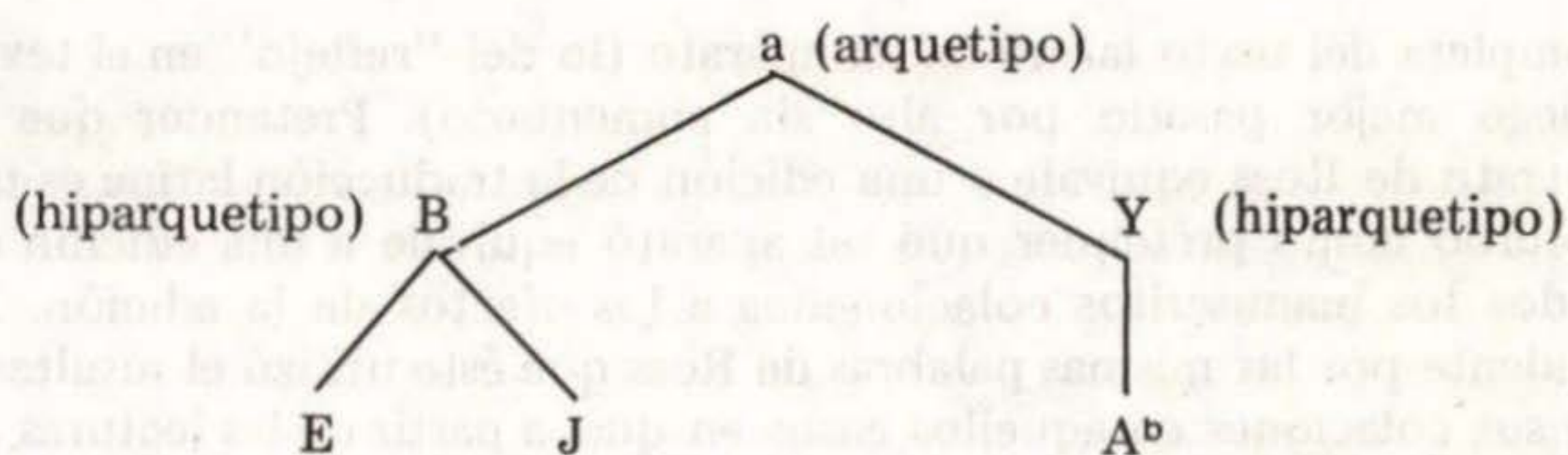
2) Respecto al texto latino: G. Y. protesta contra mi inexplicable “incomprensión” de sus verdaderas intenciones. Aquí cabe establecer una clara distinción. Yo no he juzgado lo que G. Y. *pretendió* hacer, sino *lo que efectivamente hizo*. Y lo que él hizo (quíéralo él o no, según dice *ahora*) fue una *edición* del texto de la traducción latina atribuida a Guillermo de Moerbeke para los doce primeros libros de la *Metafísica*. Por supuesto, no he afirmado ni de lejos que lo que G. Y. presentaba era una edición *crítica*, pero de lo que no cabe duda es de que se trata de una edición del texto, y *como tal debía ser juzgada*. Ahora bien, para hacer una edición de un texto existen,

*Véase *Diálogos*, no. 27, pp. 119 ss.

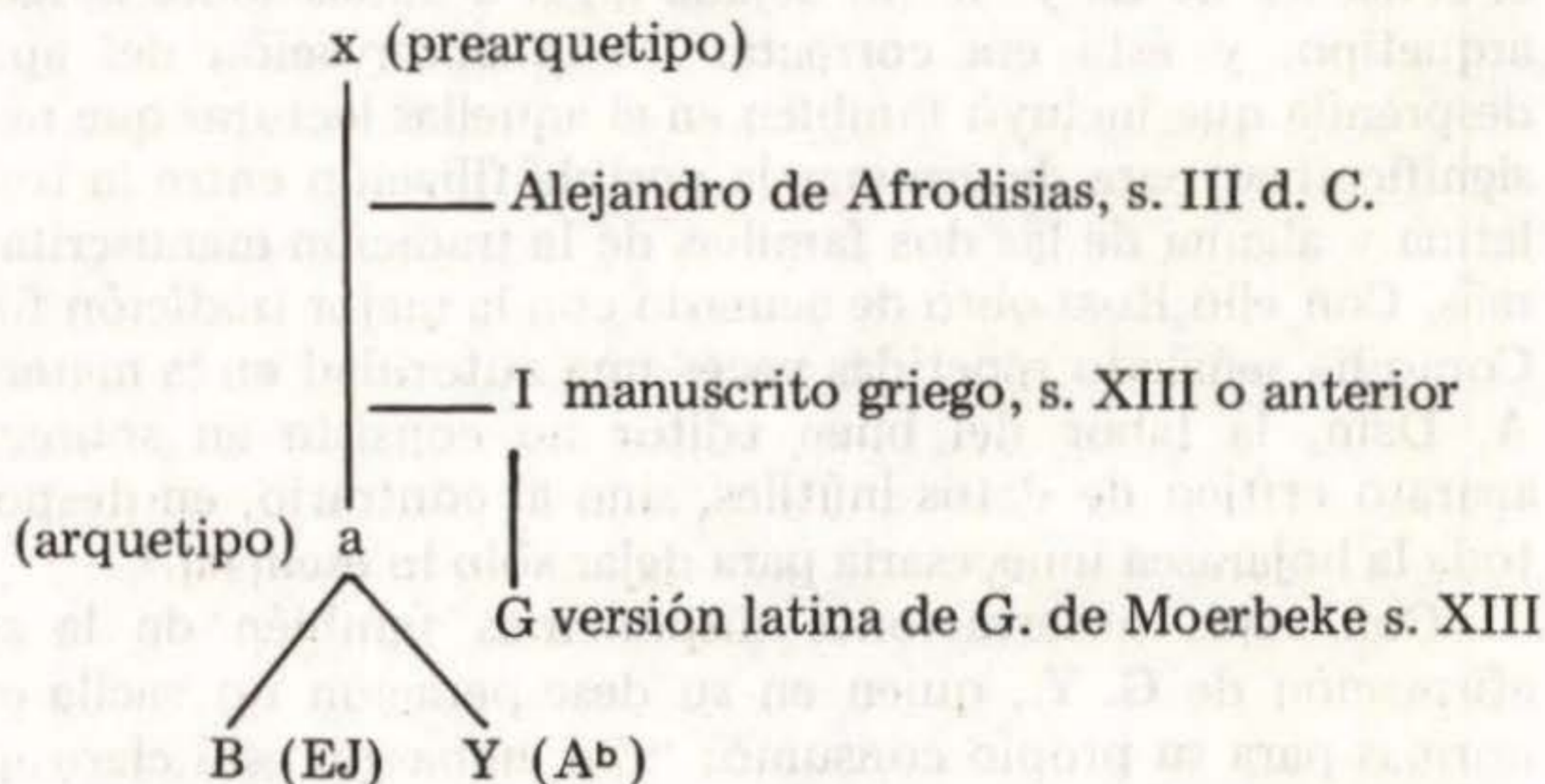
dentro de la moderna filología, normas y principios científicos que G. Y. parece ignorar. Fue eso lo que me propuse probar y evidentemente logré. G. Y. acuciado por mis críticas responde ahora que él no intentó presentar el texto de Moerbeke, sino *el que a él le parecía mejor*. Pero aquí se contradice, pues ¿qué sentido tendrían entonces sus notas críticas, si no se refieren al texto de Moerbeke? Es por ello que G. Y. no puede resignarse a retroceder totalmente en este punto y reconocer lisa y llanamente que su punto de partida fue totalmente errado y que por tanto su trabajo —que por otra parte no dudo que debió haber sido grande— ha sido inútil. A la carrera construyó un endeble andamiaje sobre la edición de la *Metafísica* de Ross, que lamentablemente para él no resiste el menor embate.

G. Y. afirma que “la minuciosa *colación* (del texto latino) de Ross, *reflejada* en su texto griego y en su aparato crítico, *equivale* a una *edición depurada* (?) (del texto latino)”. Evidentemente G. Y. no ha siquiera comprendido lo que el mismo Ross expresa en su Introducción acerca de su utilización de la traducción latina; cito: “In very many passages A^b on one side, EJ on the other have *divergent readings* between which there is *little or nothing to choose from the point of view of sense, style, or grammar* (ambas lecturas son pues igualmente correctas y posibles). And, while EJ are older than A^b A^b presents more traces of uncial corruption and other evidence which points to an original older than that of EJ. In these circumstances it is hard to say *which family is more likely to be preserving the original reading*. It is natural, then, to turn to the *Greek commentators and to the old translations to see which family they support.*” (*Metaphysics* I, p. clxi). Tenemos pues en la tradición manuscrita de la *Metafísica* un caso típico en que la tradición se divide en dos ramas. Luego de la eliminación de los códices que derivan de otros, quedan por un lado EJ (es decir, el consenso de los dos manuscritos) y A^b por otro como auténticos “variant carriers” en la terminología de P. Maas,¹ o, como también los denomina, *hipoarquetipos*. Es necesario fijarse que se trata aquí de *variantes auténticas*, es decir, aquéllas que quedan luego de la eliminación de todas las variantes *peculiares* a cada códice (*eliminatio lectionum singularum*), que no tienen ningún valor para la reconstrucción del arquetipo. El *stemma* por tanto de la tradición manuscrita de la *Metafísica* según Ross es el siguiente:

¹ *Textual Criticism* Engl. ed. Oxford, 1958, p. 6.



Este *arquetipo* debió haber sido evidentemente un manuscrito en letras mayúsculas (uncial), anterior pues a la transliteración a letra minúscula en el siglo IX de nuestra era. Lo que Ross pretende al utilizar los comentaristas griegos y la traducción latina es remontarse un paso más aun en dirección hacia el original, es decir, reconstruir lo que Pasquali y tras él Dain llaman el “prearquetipo”.² El *stemma* en este caso sería aproximadamente como sigue:³



Vayamos ahora a la afirmación de G. Y. Es evidente, para quien tiene alguna idea de lo que es una colación en función de una edición, y habida cuenta de las mismas palabras de Ross, que éste en ningún momento se propuso (ni tenía por qué) dar una descripción

² Cp. G. Pasquali, *Storia della tradizione e critica del testo*, Firenze 1962, pp. 194-195; A. Dain, *Les Manuscrits*, Paris, 1964, pp. 108-112; con respecto al “prearquetipo” de la *Metafísica* de Aristóteles, véase precisamente las pp. 117 ss.

³ La traducción latina no siempre deriva de un ejemplar independiente del arquetipo de donde proviene nuestra tradición manuscrita. Este parece ser el caso en la *Metafísica* y en la *Política*, pero no en la *Ética Nicomaquea*. La traducción latina de ésta, según afirma ahora R. A. Gauthier (*L'Éthique a Nicomaque*, Introduction, Louvain-Paris, 1970, p. 307), reposa sobre un manuscrito que aún conservamos, y no se remonta por tanto a un estado anterior de la tradición manuscrita.

completa del texto latino en su aparato (lo del “reflejo” en el texto griego mejor pasarlo por alto sin comentario). Pretender que el aparato de Ross equivale a una edición de la traducción latina es tan absurdo como pretender que tal aparato equivale a una edición de todos los manuscritos colacionados a los efectos de la edición. Es evidente por las mismas palabras de Ross que éste utilizó el resultado de sus colaciones en aquellos casos en que, a partir de las lecturas de EJ y A, podía haber duda sobre cuál de las dos era la lectura del arquetipo, o en los casos en la que ésta era errónea, a fin de remontarse en esos casos a un estado anterior de la tradición. Ross señala en efecto 28 casos en los que la traducción latina conservó sola o casi sola la lectura correcta. Por tanto, es lógico que Ross haya dejado en principio de lado y no haya recogido en su aparato todas aquellas lecturas o que eran exclusivas de la traducción latina (*eliminatio lectionum singularum*) o que se referían a pasajes donde el consenso de EJ y A^b no dejaba lugar a dudas sobre la lectura del arquetipo, y ésta era correcta. De la observación del aparato se desprende que incluyó también en él aquellas lecturas que resultaban significativas para determinar la posible filiación entre la traducción latina y alguna de las dos familias de la tradición manuscrita, y nada más. Con ello Ross obró de acuerdo con la mejor tradición filológica. Como ha señalado repetidas veces una autoridad en la materia como A. Dain, la labor del buen editor no consiste en sobrecargar el aparato crítico de datos inútiles, sino al contrario, en despojarlo de toda la hojarasca innecesaria para dejar sólo lo esencial.⁴

Con estas observaciones disponemos también de la siguiente afirmación de G. Y., quien en su desesperación no vacila en dictar normas para su propio consumo: “Sin embargo, está claro que, si el texto de Moerbeke, debidamente colacionado por Ross, pudo servir a éste como una base para establecer su texto griego, del mismo modo el texto griego de Ross, que junto con su aparato crítico equivale a una buena edición del texto latino de Moerbeke, podía servirme a mí

⁴ Véase su artículo “Edition des textes classiques. Theorie et Méthodes”, Association Guillaume Budé, Congrès de Nîmes 30 Mars-2 Avril 1932, Paris 1932, pp. 61-88 y más recientemente en su libro ya citado, pp. 169-186. Justamente de este libro nos permitimos citar un pasaje completo, cuya lectura atenta recomendamos —*sine ira et studio*— a nuestro circunstancial adversario: “Savoir ce que l’on fait, en matière d’édition, consiste à savoir comment on utilisera la tradition manuscrite . . . Mais quel que soit le type d’édition adopté, on ne devrait pas entreprendre d’éditer un texte *sans qu’on sût parfaitement ce que représente le matériel de l’édition, c’est-à-dire la tradition manuscrite*. Et peu importe, au fond, que cette connaissance repose sur un travail personnel de première main ou sur des données acquises par un travail antérieur de qualité philologique indiscutable” . . . (p. 180).

(G. Y.) para revisar el de Spiazzi". Todo lo que se afirma en el párrafo citado, salvo que Ross colacionó la traducción latina, es falso. Que la colación de Ross equivalga a una edición del texto latino, es, como hemos visto, absolutamente falso; pero el colmo es la inferencia (aun dejando de lado el defecto lógico en la argumentación, — de " p implica q " no se sigue en absoluto que " q implique p "—dado que G. Y. dice no ser versado en filosofía). Evidentemente G. Y. no solamente no ha comprendido mis objeciones de principio, sino que tampoco ha leído el texto de G. Verbecke que yo cito *in extenso*, quien da una idea cabal de lo que significan las traducciones latinas con respecto a los respectivos textos griegos. Voy pues a repetírselo concisamente. Una cosa es el texto griego que se quiere editar, intentando acercarnos lo más posible al arquetipo, y otra cosa es el texto latino, que *equivale*, según las palabras de Ross, a un manuscrito medieval, en todo caso anterior a nuestra tradición manuscrita. En ese carácter entrará en la composición del *stemma* como testimonio del estado de la tradición en un determinado momento supuestamente intermedio entre el arquetipo y el prearquetipo. *Jamás*, por tanto, puede equipararse al texto griego editado por un editor moderno en base a un estudio de *toda* la tradición manuscrita, como tampoco puede equipararse a este texto el texto de alguno de los otros manuscritos de esa tradición.

Yo he señalado y señalo por tanto que sobre la base de la comparación entre el texto de Spiazzi y el de Ross no se puede llegar por principio a ninguna parte. Al respecto, cuando me refiero a "discrepancias" entre el texto griego y el latino, no me estoy refiriendo a lo que G. Y. dice que son *discrepancias*, sino a todas las discrepancias en general, incluyendo las que él —no se sabe nuevamente en base a qué principio llama "erratas". Si son erratas de Spiazzi, en efecto, son erratas del texto impreso, que G. Y. sigue, con relación a una tradición manuscrita —la de la traducción latina— que G. Y. desconoce; si son discrepancias entre el texto latino y el texto griego, estas diferencias pueden ser propias del texto latino y solamente se podrían explicar en base a su propia tradición manuscrita o impresa; si, suponiendo que ésta se hubiera colacionado y se hubiera reconstruido el original de G. de Moerbeke, siguiera persistiendo una diferencia, ésta se debería remontar al original griego del cual Moerbeke tradujo, o en última instancia, a un error de éste. Dado que decidir esto último de modo indubitable, a falta del manuscrito griego original, es imposible, se impone, tal como hacen los editores del *Aristoteles latinus* (y vuelvo a remitir a la cita de G. Verbecke) dejar el *texto latino* tal cual.

Una última observación con respecto a la parte latina. G. Y. se declara incompetente para hacer un comentario de la *Metafísica*; sin embargo, algunas páginas más abajo, al defender la utilidad de la parte latina atacada por mí, dice que en su edición el comentario queda suplido hasta cierto punto por la traducción latina con sus notas. Confieso que me resulta incomprensible que alguien que no puede comentar un texto en su propio idioma adquiera de pronto clarividencia al escribir en latín. Pero además, “históricamente”, la traducción latina de Moerbeke no hizo menos necesario el comentario de S. Tomás. Se trata pues de dos cosas distintas, que G. Y., con su acostumbrada confusión metodológica, mezcla. Esto no significa que no pueda haber comentarios latinos, como el de Bonitz, punto de partida ineludible de toda edición e interpretación moderna de la *Metafísica*. Pero en aquel caso el comentario latino era todavía un resto de la tradición humanista, que ya entonces estaba en vías de desaparición. Ya antes de Bonitz, Schwegler, p. ej., había comentado la *Metafísica* en su idioma materno, y esta forma de comentario es hoy prácticamente la única válida.

3) Respecto a la traducción: A diferencia de mis observaciones a la parte latina, las que hice a la traducción española, dentro de la opinión favorable que por sus méritos me merece —de lo cual aprovecho para dejar nuevamente constancia, protestando de paso por la interpretación que la teoría de la malevolencia ha llevado a G. Y. a hacer de mis palabras, que de por sí creo que no daban lugar a otra impresión—, pretendían únicamente señalar con ánimo constructivo que, si bien la terminología aristotélica jamás podrá traducirse a entera satisfacción de todo el mundo, hay a veces razones que pueden hacer más preferible un término que otro. A ello se debían mis observaciones sobre la historia del término “ens”. G. Y. cita el párrafo en cuestión *mutilado*, y declara que lo que yo afirmo al respecto es falso, sin advertir —o ignorando, como parece más probable— que yo indicaba un testimonio, el de Prisciano, gramático latino de comienzos del siglo VI d. C. Mi afirmación estaba dirigida a señalar justamente lo que se expresa al final del párrafo, que para mayor abundancia estaba subrayado. Este final ha sido, como dije, cortado por G. Y., lo que parece indicar una cierta mala fe de su parte que es necesario señalar. El párrafo dice así en lo esencial “(ens) . . . expresaba, como todo participio, la noción verbal . . . *en neutro substantivado en abstracto*”. Y más adelante, refiriéndose a ambos participios, griego y latino, digo “. . . ambos participios neutros substantivados expresaban de hecho *lo mismo que el infinitivo: la idea verbal del verbo correspondiente en abstracto*”.

G. Y. responde, sin apoyar su afirmación en nada, que es falso que algún latino haya sentido jamás la palabra “ens” como parte de la flexión normal del verbo “esse”, y luego de algunas observaciones y citas que nada tienen que ver con lo que se debate, pone en duda la atribución señalada por mí de Prisciano a Julio César, y afirma que “ni siquiera los filósofos, usuarios habituales de ‘ens’ lo consideraron *nunca* como participio normal de ‘esse’”. Aquí van pues las citas que documentan y apoyan mis afirmaciones por completo, y refutan de un modo elocuente las de G. Y.

Priscianus, *Gramm. Latin.*, ed. Keil III p. 239, 5: “Graeci autem *participio* utuntur substantivo (scilicet ὄν) . . . quo nos quoque secundum analogiam possemus uti, nisi *usus* deficeret *participii* frequens. Quamvis *Caesar* non incongrue protulit ‘ens’ a verbo ‘sum, es’, quomodo a verbo ‘possum’, ‘potes’, ‘potens’”. Al respecto dice A. Ernout (*Morphologie historique du latin*, Paris 3 1953, p. 172) en el capítulo sobre el participio presente: “d’après Priscien . . . César avait créé d’après es, est, un participe analogue *ens*. Cette forme a été reprise à basse époque, et a connu une grande fortune dans le latin scolastique du moyen âge”.⁵ Al respecto es necesario dejar bien claro que yo jamás afirmé ni explícita ni implícitamente —como tangencialmente insinúa G.Y.— que el participio *ens* se hubiera usado en el latín anterior al Bajo Imperio. Pero éste es sin duda aun latín. El uso más tempranamente atestiguado del participio *ens* es al parecer el de Marius Victorinus, retórico del s. IV d.C. (el mismo que S. Agustín cita en sus *Confesiones*), en su obra *De generatione divini verbi* 8, 14, según el Glosario de Souter.⁶ La cita, por último, que no deja la menor duda sobre la corrección de lo afirmado por mí, proviene de Boecio (fin del s. V ppio. s. VI d.C.), y la he tomado del *Lexicon totius Latinitatis* de A. Forcellini (Patavii 1940, tomo IV, p. 590c, sub voce ‘sum’): Boeth., in *Porphy.* 3, p. 74: “Fuerunt enim, qui hac opinione tenerentur, ut rerum omnium, quae *sunt*, unum putarent esse genus, quod *ens* nuncupatur, *tractum ab eo quod dicimus est*: quae, cum ita sint, ultimum omnium genus *ens* posuerunt, scilicet *quod de omnibus praedicaretur*. Ab eo enim, quod dicimus *est*, *participium inflectentes*, Graeco quidem sermone ὄν, *latine ens appellaverunt*”.

⁵ La afirmación de Prisciano es, por lo demás, aceptada también por F. Sommer, *Handbuch der lateinischen Laut- und Formenlehre*, Heidelberg 1948, p. 598 y A. Walde, J. B. Hofmann, *Lateinisches etymologisches Wörterbuch*, Heidelberg, 1954, II p. 628

⁶ A. Souter, *A Glossary of later Latin to 600 A. D.*, Oxford 1957, sub voce “sum”. p. 400 s.

Las otras razones, de orden semántico, que aduzco para la traducción de τὸ ὄν por “ser”, no son siquiera rozadas por G.Y., por lo que quedan firmes y no voy a abundar sobre ellas por el momento. Lo único que debo agregar es que aparentemente G. Y. no ha leído mi cita del *De interpretatione*, de la cual surge con claridad que para Aristóteles τὸ εἶναι y τὸ ὄν eran equivalentes.

Oswaldo N. Guariglia